Pamph
LS.H
C

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN ANTONIO CAVESTANY

CELEBRADA EL DÍA 23 DE FEBRERO DE 1902

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1902

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN ANTONIO CAVESTANY

CELEBRADA EL DÍA 23 DE FEBRERO DE 1902

277615
9. 9. 32

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1902

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN ANTONIO CAVESTANY

Señores Académicos:

Por impulso irresistible del corazón, no por rendir tributo á la costumbre, comienzo manifestándoos mi gratitud por la señalada merced con que me honráis designándome para ocupar un sitio á vuestro lado, y realizando con ello uno de los más vehementes deseos de mi vida.

Prueba es de la sinceridad con que os hablo la contrariedad que me produce pensar que un uso, nunca interrumpido, manda que sean de agradecimiento las primeras palabras que en estos discursos se pronuncien, no sólo porque acaso sospechéis que las mías se inspiran en esa costumbre y no en un sentimiento espontáneo, sino también porque no debéis juzgar de mi gratitud por la de aquellos que antes que yo os han manifestado la suya. Aumenta la generosidad del dón la pequeñez de los merecimientos de aquel á quien se concede. A nadie habéis hecho merced tan grande como á mí, porque nadie la ha merecido menos. Justo es que yo os esté más que nadie obligado.

Pero no quiero pecar de ingrato cuando deseo mostrarme agradecido, y no correspondería dignamente á vuestra bondad fatigándoos con la expresión de mi reconocimiento. Termino, pues, con este punto, pidiéndoos que me perdonéis la discul-

pable presunción, hija del convencimiento de mi inferioridad, de querer ser en algo superior á mis antecesores: en la intensidad de la gratitud con que correspondo al honor que me hacéis.

¡Triste cosa es, señores, que las puertas de este templo de las letras y del saber sólo hayan de abrirse ante la muerte!

No se puede decir, sin embargo, con absoluta propiedad en la presente ocasión que la silla que vengo á ocupar lo haya estado por el muerto ilustre á quien sucedo. El nombre del señor D. Cayetano Fernández figuró durante muchos años en la lista de los Académicos, pero la Academia apenas disfrutó de su cooperación y de su presencia. Pocos de vosotros le habéis conocido, y si yo tuve ese placer hace tiempo, lo debo á haber nacido en Sevilla, donde él casi siempre residió.

Fué el Sr. Fernández llamado al seno de esta insigne Corporación en el año de 1866, cuando era preceptor del rey don Alfonso XII, á la sazón Príncipe de Asturias. Tomó posesión de su plaza en 1871, y tan corto tiempo se sentó entre vosotros, que el número de sus asistencias á vuestras juntas no pasa de once, según he visto en la admirable necrología del Académico muerto, que acaba de hacer y publicar, por encargo de la Academia, uno de sus más preclaros individuos: el señor D. Miguel Mir.

Esta consideración podría, acaso, excusarme del cumplimiento del deber de recordar aquí los méritos de mi antecesor, porque cuanto yo pueda deciros sobre este punto os lo ha dicho antes, con mayor elocuencia y en forma más castiza y galana, el P. Mir en su folleto. No quiero, sin embargo, dejar de pronunciar también breves palabras sobre el particular: muy pocas, porque no os descubrirán nada que no sepáis; al-

gunas, porque suprimirlas tal vez pareciera deseo de regatear la admiración y el elogio á quien con tantos títulos los reclama.

La figura de D. Cayetano Fernández es interesante por muchos conceptos. Distinguido cultivador de las letras, sacerdote ejemplar, orador extraordinario, no vivió siempre consagrado á la religión. Necesidades de la vida, unidas tal vez á una profunda vocación, sólo durante pocos años olvidada, hiciéronle vestir, en los albores de su existencia, el hábito del seminarista. Buscó más tarde la ventura en la paz de un hogar, formado por el amor y bendecido por el cielo. La muerte deshizo en breve aquel hogar dichoso, del que desaparecieron á la par la esposa que lo embellecía y la hija que lo alegraba, y el señor Fernández entonces volvió los ojos á Dios y vistió de nuevo el traje talar, llevando al sacerdocio el corazón fortalecido por el golpe del infortunio: que el dolor es el yunque en que se templa el alma humana.

Ya era jurisconsulto muy distinguido y acreditado cuando volvió nuevamente á cursar la teología en las aulas del seminario, dando con ello prueba de humildad. La fama de sus virtudes, junta á sus indiscutibles merecimientos como predicador, poeta y hombre de inteligencia y cultura excepcionales, le llevaron en breve al cargo, ya citado, de preceptor del Príncipe de Asturias y á la dignidad de Chantre de la basílica sevillana, que nunca quiso cambiar por el anillo episcopal, aunque le fué con insistencia ofrecido. En Sevilla, cumpliendo escrupulosamente con sus deberes de sacerdote cristiano, y consagrando al cultivo de las bellas letras sus momentos de ocio, vivió durante los últimos treinta años, y allí exhaló, pocos meses há, el postrer suspiro, rodeado de general estimación y respeto.

Sus obras poéticas y literarias—más conocidas en Andalucía que en Castilla—son por todo extremo dignas de recomenda-

ción y aplauso. Las fábulas ascéticas y las novelas, biografías y artículos, enumerados por el Sr. Mir en su necrología, son obras importantes y meritorias, que seguramente se salvarán del olvido y perpetuarán el nombre del que fué vuestro compañero; pero donde D. Cayetano Fernández brilló siempre como astro de primera magnitud fué en la oratoria sagrada.

De noble y arrogante presencia, de hermosa voz, de ademán severo, de palabra fácil, brillante y correcta, era el modelo del gran orador. Sevilla entera llenaba la Catedral cuando *predicaba D. Cayetano*, como familiarmente se le llamaba, y su acento inspirado y solemne, vibrando bajo las grandiosas naves; su unción religiosa, su aspecto profético, se apoderaban del alma de aquella multitud, pendiente de sus labios. Yo le oí muchas veces, en mis años primeros, cuando aún no estaba en edad de comprenderlo bien; pero acaso por el poder maravilloso del sentimiento y del arte, mi corazón sentía lo que mi inteligencia no alcanzaba, y, como á todos, me arrastraba, me dominaba el encanto supremo de aquella palabra admirable.

No he vuelto á oirle, pero tan indeleble huella dejó su voz en mi alma, que desde entonces la idea de la elocuencia es algo que para mí va unido á su recuerdo; algo que yo no puedo separar del nombre de D. Cayetano Fernández. ¡Quién había de decirme que me estaba reservado el honor de sucederle entre vosotros!

Y cumplido el piadoso, y para mí grato deber, de rendir tributo de justicia á su memoria, entro de lleno en materia.

Careciendo yo del vasto saber de cuantos me han precedido en el lugar que ahora ocupo, he resistido victoriosamente á la tentación de disfrazarme de erudito al buscar tema para mi discurso. Tal vez no me hubiera sido difícil, desempolvando libros en una biblioteca, presentarme ante vosotros con un estudio más digno de este acto solemne que el ligero y vulgar

que os ofrezco. No lo he querido hacer. Cultivador modesto de la poesía, á ella he pedido el asunto de mi disertación. Obligado por el precepto de los estatutos á discurrir ante vosotros, he escogido, para cumplir con el mandato, un tema cuya magnitud é importancia son, sin duda, superiores á mis fuerzas, pero que, por eso mismo, podrá ocultar mejor la pobreza de mi ingenio: examinar brevemente la obra admirable de un admirable poeta. El poeta es el pueblo: su obra la copla.

No ignoro—si bien lo he sabido después de concebida la idea y formado el propósito—que el tema que voy á esbozar ha sido ya desarrollado ante esta ilustre Academia. Fué una de las partes que abrazó el discurso de recepción de un vate preclaro, compañero vuestro y maestro mío, á quien llorarán siempre las letras españolas: D. Antonio García Gutiérrez, autor insigne de *El Trovador* y *Juan Lorenzo.*

Hubiérame forzado la coincidencia á buscar otro asunto para mi trabajo á no estar seguro de que entre éste y el de mi glorioso antecesor existen fundamentales diferencias, aun sin contar aquella, inevitable y desventajosa para mí, que necesariamente ha de resultar de la superioridad del ingenio de García Gutiérrez sobre el mío.

La copla popular, tema exclusivo de mi discurso, es, como acabo de decir, sólo una de las partes que abraza el de García Gutiérrez, que estudia también los refranes y los romances, considerándolos igualmente como poesías del pueblo. Y no limita su estudio al examen de romances, refranes y coplas en su estado actual, por decirlo así, sino que, con gran erudición, se remonta á su origen y analiza su desenvolvimiento á través de las sucesivas transformaciones de los tiempos y del lenguaje. En una palabra, el discurso de García Gutiérrez es un notable estudio sobre la formación del verso castellano (aunque él modestamente quiera circunscribirlo á las composiciones populares y anónimas), donde se observa cómo nacen y se des-

arrollan la rima y el ritmo, que van formándose y perfeccionándose al mismo tiempo que el idioma, desde el latín de los visigodos hasta la rica y armoniosa lengua de Castilla.

Muy distinta es la índole de mi discurso. No me propongo elevarme á las fuentes de la poesía popular, examinar sus comienzos, seguirla en sus evoluciones, aquilatar la influencia que sobre ella ejercieran el latín ó el árabe. Mi intención es sólo estudiarla someramente en su manifestación más vulgar: en la copla nacida del pueblo y por él cantada á todas horas, en ese raudal constante de inspiración y de ternura, natural, sincero y espontáneo.

Y no he de juzgar únicamente la obra; he de extender mi juicio al autor, á ese autor anónimo y fecundo á quien nadie conoce y que siempre crea; he de procurar sorprenderlo cuando trabaja y produce; empeño fácil de lograr puesto que el poeta del pueblo no da, como los otros, forma á sus pensamientos encerrado entre las cuatro paredes de una habitación, sino que concibe y expresa sus inspiraciones al aire libre, por regla general; mirando al cielo y contemplando á la tierra; recibiendo las caricias del viento y del sol. Por eso su poesía tiene la pureza, la diafanidad y la frescura que da el contacto continuo con la naturaleza.

Observo ahora que he cometido grave inexactitud al calificar de *desconocido* al autor de nuestras coplas populares. No es cierto que lo sea. Todos le conocemos, todos le hemos visto alguna vez, porque él no se oculta á nuestra mirada. Es el gañán que rompe con su arado la tierra de las vastas llanuras castellanas; el segador que se abrasa bajo los rayos del sol de fuego de Andalucía; el marinero cuya barca mecen las olas del mar azul que besa las playas levantinas; es el campesino que vuelve á su hogar después de la ruda faena; es la moza enamorada que espera á su rondador tras la cortina de flores de su reja; es el hijo que perdió á su madre, y echa de menos aquel amor

insustituible y bendito; es el preso que se lamenta, el amante que suspira, el dichoso que ríe, el triste que llora; es el pueblo que trabaja, que padece, que goza y que ama, y busca para sus alegrías y para sus dolores, para alivio de su labor y para compañera de su descanso, lo que ha sido, es y será siempre la expresión suprema del sentimiento humano: la poesía.....

No es esta facultad creadora patrimonio exclusivo de los espíritus cultivados. Tendencia imperiosa, ó por mejor decir, necesidad verdadera del alma, lo mismo aguijonea á aquellos cuyo gusto formó el estudio y depuró la lectura asidua de los grandes poetas, que á aquellos otros que, sin modelos que imitar ni reglas escritas á que sujetarse, sienten el impulso de expresar en forma métrica sus ideas y sus sentimientos.

Siempre ha existido la poesía popular, y no es, en mi sentir, menos digna de estimación que la erudita, como no es menos estimable el oro que guarda la tierra en sus entrañas ó arrastran los ríos en sus arenas, que el que, bruñido y pulimentado, sirve de engarce á perlas y rubíes. Bella es la flor que produce el cultivo, pero no lo es menos la que brota espontáneamente en el campo, y no sé yo por cuál me decidiría, si me viese obligado á elegir; si por la rica estufa, abundante en rosas, gardenias y jazmines, artificialmente obtenidos, ó por el pobre collado, para quien teje la primavera su brillante tapiz de lirios, margaritas y amapolas.

No quiere esto decir que las coplas populares sean siempre las flores del campo, menos fragantes y duraderas que las del jardín ó la estufa. Hay momentos en que la musa del pueblo, por milagros de la intuición, se remonta á las más elevadas regiones de la belleza y produce obras de perfección admirable. Cantares conozco que pudieran llevar al pie el nombre de cualquiera de los inmortales maestros de la poesía española, sin que la firma sufriese menoscabo. Recordad aquella conocidísima seguidilla que dice:

Es amor en la ausencia
Como la sombra,
Cuanto más apartada
Más cuerpo toma.
Ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.

El reducido espacio de siete versos basta al autor de esa copla para hacer una acabada y perfecta poesía. No cabe mayor hermosura en la imagen, mayor exactitud en el símil, mayor sencillez y claridad en la expresión. Nacida, sin duda, del dolor de un pecho herido por el mal de la ausencia, está además impregnada de un sentimiento dulce y comunicativo. Muchas separaciones de amantes debe haber hecho menos dolorosas ese cantar, bien consolando á aquellos que, olvidados al alejarse, hayan mitigado su pesar con la consideración de que la ausencia sólo apaga *el fuego chico*, y que no merece, por tanto, ser lamentada la pérdida de un amor que no resiste á esa prueba; bien alentando á aquellos otros que, correspondidos con lealtad por un dueño ausente, tienen la alegría, compensadora de las tristezas de la separación, de pensar que el amor no se debilita con la distancia, sino que, por el contrario, se arraiga y crece, porque el viento de la ausencia se encarga de avivar la llama verdadera, *el fuego grande.*

Una poesía encantadora y completa es también esta otra copla, que seguramente todos conocéis:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí:
El último de mi madre
Y el primero que te dí.

¿Es posible expresar con mayor concisión y belleza un pensamiento más tierno y poético? ¿Qué poeta desdeñaría la paternidad de ese cantar? No creo que se pueda «sentir más hondo

ni hablar más claro». Con la idea de esa estrofa hubieran podido escribirse muchos versos, muchísimos, tal vez un poema. Materia sobrada hay para ello. Esos dos besos, encarnación y símbolo de los dos más grandes amores de la vida, en sus momentos de mayor intensidad, el último de la madre moribunda y el primero de la mujer amada, ofrecen ancho campo donde extenderse. Pero la musa que inspira los cantos populares es, por naturaleza, concisa. Bástale, por lo general, con cuatro versos para encerrar en ellos la más larga de sus inspiraciones. Hace bien, puesto que con eso tiene suficiente para producir obras de peregrina belleza.

Por centenares pudiera citaros coplas no inferiores á las dos citadas. Me limitaré, sin embargo, á escoger algunas, muy pocas, de distintos géneros, pues de todos ofrecen muestras brillantes los cantares.

Bellísimo es también el que sigue:

«Si no me quieres te mato»,
Dicen unos ojos negros,
Y dicen unos azules
«Si no me quieres me muero».

Muy dados han sido siempre los poetas á buscar comparaciones que pudieran llamarse *astronómicas*. El sol, la luna y las estrellas han servido constantemente de términos de comparación al amante para encarecer y cantar la hermosura de la dama de sus pensamientos; pero pocas veces ha sido expresada la idea con el ingenio que en la copla siguiente, que tiene, más que ninguna de las anteriores, el sello peculiar del estilo del pueblo:

La luna se va, se va.....
Déjela usté que se vaya,
La luna que á mí me alumbra
Está en aquella ventana.

En ocasiones la musa popular, generalmente amorosa ó juguetona, se hace sentenciosa y grave, y de sus sentencias, encerradas en imágenes, se desprenden útiles advertencias, cuando no verdaderas enseñanzas.

Modelo de esa clase de cantares es el siguiente:

Arroyo, no corras tanto,
Mira que no eres eterno,
Que el verano ha de quitarte
Lo que te ha dado el invierno.

A igual género pertenece este otro, que transcribo tal como el pueblo lo canta:

El libro de la experiencia
No sirve al hombre de *na:*
Tiene al final la sentencia
Y nadie llega al final.

Propende el poeta del pueblo á dar forma material y palpable á sus ideas. Por eso se observa en sus obras una irresistible tendencia á la imagen y á la metáfora. Esa es su cualidad característica. Llévalo tal modo de ser al abuso de la hipérbole, y con él á la exageración, no siempre de buen gusto; pero en este mismo defecto es donde encuentro que se marca con más poderoso relieve su personalidad.

Una de las coplas en que mejor puede apreciarse esta condición es la siguiente, citada también por García Gutiérrez en su discurso:

Cien años después de muerto
Y de gusanos comido,
Se han de encontrar en mis huesos
Señas de haberte querido.

Ese amante, cuyo amor aspira á triunfar, no sólo moral, sino también materialmente de la muerte, conservando en sus hue-

sos, un siglo después de enterrado, las huellas de su afecto, bien merece que se le perdone lo atrevido de la idea, en gracia del sentimiento que la inspira y del vigor poético que encierra. El autor de la copla, seguramente meridional, sólo concebía así, por lo menos en aquel momento, la verdadera pasión; inacabable, vencedora de las mismas leyes de la naturaleza.

Tampoco debemos parar mientes en el atrevimiento de la metáfora, para fijarnos sólo en su belleza, este otro cantar:

Al pie de una cruz bendita
Llorando me arrodillé,
Las lágrimas de mis ojos
Se quejaban al caer.

Es indudable que las lágrimas no se quejan, pero ¿qué menos puede permitírsele que decirlo al que siente á las suyas abrasarle el alma y las mejillas?

De mayor indulgencia necesita esta otra copla, que no puedo resistir á la tentación de transcribiros, por ser una de las que más fielmente reflejan el carácter especial de los cantos populares de Andalucía. Encontraréis en ella una palabra que no existe en vuestro diccionario. No la he querido alterar, no sólo porque me hubiese sido muy difícil sustituirla, sino también porque en esa palabra, inventada tal vez para la copla, consiste y estriba su originalidad y su encanto.

Cuando me siento en la cama
Y en ti me pongo á pensar,
Las paredes se *escalichan*
De lástima que les da.

Ciertamente que hay en esos cuatro versos verdadero abuso del sentido figurado, cuyos discretos límites no conviene traspasar; pero después de todo, ¿qué dice en la estrofa el poeta del pueblo que en casos análogos no hayan dicho otros poetas? Siempre han tratado éstos de buscar analogías entre el estado

de su alma y el mundo exterior, como si quisieran asociar á la naturaleza á sus dolores ó á sus alegrías. Figúrasele al dichoso que el sol brilla más claro, que las aves lanzan más puros gorjeos. Antójasele al desgraciado que el cielo se obscurece, que callan de pronto tórtolas y ruiseñores. El autor de la copla, sumido en el dolor por desdenes ó engaños de su amada, miró sin duda en torno suyo, buscando un sol que pudiera ocultarse entre pardas nubes, ó un valle ameno que perdiera de repente sus armonías y sus aromas, y no encontrándolos, y viendo sólo á su alrededor las enjalbegadas paredes de su dormitorio, á ellas recurrió, á falta de otra cosa, y las hizo conmoverse, dejar caer á pedazos la cal que las cubría: *escalicharse.*

También es clásicamente andaluza, y en mi sentir modelo de gracia y naturalidad, esta otra copla:

Tienes una cinturita,
Que anoche te la medí;
Con media vara de *guata*
Catorce vueltas le dí,
Y aun me sobró una poquita.

Bien es verdad que en las rimas ligeras ó regocijadas es donde brilla, acaso con mayor intensidad, el ingenio del pueblo.

Dice un amante, conocedor de que el amor verdadero triunfa al fin de las resistencias maternales:

¿De qué le sirve á tu madre
Echar la llave al corral,
Si te has de venir conmigo
Por la puerta principal?

Otro, desdeñado tal vez por su pobreza, se queja en estos términos:

El cariño de los pobres
Es como el aire *colao*,
Que todo el mundo le huye,
No le pille un *constipao.*

Cuenta un tercero la historia de sus desventuras — historia completa y por todo extremo lamentable — con la siguiente seguidilla:

Al pasar por tu calle
Tropiezo y caigo;
Me levanta tu madre
De un ladrillazo:
Vuelvo la cara.....
Y venía tu padre
Con una vara.

Queja de distinta clase, fundada en un profundo conocimiento de la realidad, es la de aquel enamorado, víctima de los caprichos de su Dulcinea, que exclamaba:

«Estarás sujeta al hombre»,
Dijo Dios á la mujer;
Debió decirlo *de guasa*,
Porque sucede al revés.

Sin duda no era su amor tan profundo como el de aquel otro que, compendiando el suyo en una sola palabra, decía:

El Padre Santo de Roma
Me mandó que te olvidara,
Yo le dije: Padre mío,
Ni aunque me *recondenara*.

Creen muchos que las llamadas coplas populares no son hijas del pueblo, sino composiciones de poetas, más ó menos conocidos, que nunca han reclamado la paternidad de esas obras.

Sin negar yo que esto pueda suceder en algunos casos, forzoso es convenir que en la inmensa mayoría de ellos es el pueblo, propiamente dicho, el autor de los cantares. Esto no necesita comprobación. Es un hecho y un hecho *visible*, puesto que las rimas populares no nacen, como antes he dicho, en la

soledad del gabinete de trabajo de sus creadores, sino delante de testigos que presencian su concepción y su nacimiento.

La canción popular no es patrimonio exclusivo de ninguna región de España. En todas ellas canta el pueblo y canta á todas horas, porque el canto es—lo repito—el auxiliar de su labor y el compañero de su descanso.

De ese constante y muchas veces inconsciente cantar, es de donde salen las nuevas rimas. El campesino que labra la tierra, el pescador que cose sus redes, la moza que atiende á los menesteres domésticos, el que trabaja y el que descansa, hombres y mujeres, mozos y viejos, todos mezclan cuando cantan á la copla aprendida la que inventan en aquel momento. Claro es que no todas esas coplas perduran. Los mismos que las crean las olvidan muchas veces, y aun aquellas que subsisten y quedan no nacen desde luego con la forma clara, concisa y bella en que son más tarde conocidas; nacen toscas y sin pulir. El pueblo improvisa siempre, y la copla improvisada es, por lo general, incorrecta. El inventor del cantar no hace otra cosa que lanzar la idea. Oyela uno que la repite, corrigiéndola. De este segundo la aprende un tercero, que también la mejora, y así, en sucesivas reformas, la copla pierde su primitiva rudeza y se va perfeccionando poco á poco. Por eso los cantares son anónimos; porque no es posible determinar quién es su verdadero autor. ¡Cuántas veces el primero que la concibió habrá oído una copla, después de estas transformaciones, sin sospechar que era obra suya! En realidad, estas rimas pertenecen tanto al que las inventa como al que las modifica. Son de los dos y de ninguno. Son del pueblo.

Ya dije que todas las regiones de España son fecundas en coplas; pero no todas lo son igualmente. Una tiene en este punto indiscutible superioridad sobre las demás. Me refiero á Andalucía. De ella salen principalmente los cantares que luego se extienden por todas partes.

Para el pueblo andaluz el canto es algo consustancial con su naturaleza; es una necesidad imperiosa de la vida. Quitadle sus canciones, y le habréis quitado la mitad de su carácter. Entrad en casa del pobre en Andalucía. Tal vez no encontraréis ni aun silla en que sentaros; pero no dejaréis de ver la guitarra colgada de la pared. ¡Ay del hogar donde no la encontréis! La ausencia de ese instrumento representa más que la ruina; significa la desesperación; porque así como en comprarlo se empleó el primer dinero reunido á costa de privaciones, al venderlo no se vendió sólo el último resto del pobre ajuar; se vendió también la esperanza, la alegría. Mientras queda la guitarra, queda el bálsamo que cura las heridas del dolor; queda la seguridad de encontrar el olvido de los males. Tal vez pensando en ella dijo alguno la célebre frase: «En casa no comemos, pero nos divertimos mucho.»

Desde que se pone el pie sobre el suelo andaluz no deja de oirse el canto del pueblo. Parece el latido constante de su corazón; la vibración continua de su alma. Resuena en las orillas de sus ríos; en las fragosidades de sus sierras. Repiten sus notas los verdiblancos olivares, las pomposas viñas, las huertas alegres. Deteneos ante la casa del cortijo. Primero dejaría la cal de cubrir sus blancas paredes, que de salir de su interior la seguidilla de la zagala ó la calesera del mozo de mulas. Seguid al vaquero que guarda la torada. Antes dejaría de llevarla al abrevadero que de endulzar sus soledades entonando malagueñas ó sevillanas. Entrad en las ciudades; recorred las calles; asomaos al taller..... El canto os seguirá por todas partes siempre; pero sobre todo al llegar la noche, y con ella la hora del descanso. Entonces es cuando Andalucía entera canta; cuando comienza el reinado de la alegría. Entonces es cuando la andaluza ciñe su cuerpo con la limpia y crujiente bata, que ella misma almidona, y su cabeza con las flores que ella misma cría, porque para sus macetas es Abril todo el año. Entonces

es cuando el galán corre en busca de la dama por quien suspira; cuando la vivienda se adorna y el patio se engalana y la guitarra rasguea; cuando el enamorado improvisa ó repite coplas en que pinta su amor, el celoso sus celos, el triste sus dolores, el dichoso sus alegrías, todos sus sentimientos, y el himno soberano del pueblo-poeta vibra en los aires y sube al cielo en la serena majestad de sus noches hermosas y estrelladas.

Fuente inagotable de cantares nuevos son estas veladas. Á ellas lleva dispuesta la copla en que declara su amor el que aspira á conseguir el de una mujer; en ellas lanza sus lamentos la que se cree vendida ó desdeñada por un dueño ingrato. Á estas quejas ó á aquellas declaraciones contestan, más ó menos veladamente, los aludidos, en estrofas que improvisan en aquel instante, y estas luchas poéticas, estos torneos de ingenio, estos *piques*, que es el nombre que se les da comúnmente, son venero constante de que se nutre el cancionero popular.

Acaso en alguna de estas reuniones, en el corro formado á la puerta de su vivienda, fué donde una mujer, quejosa de su amante, dijo por primera vez estos tres versos, en que corren parejas la belleza del pensamiento y la sobriedad de la expresión:

A mí no me quiere nadie.
Las madres son las que quieren,
Y ya se murió mi madre.

Y tal vez á ellos contestaría el galán, cuyos desdenes bien podrían tener por base los celos, con este otro cantar:

Primero hizo Dios al hombre
Y después á la mujer.
Las torres se hacen primero
Y las veletas después.

En ese mismo corro debió ser donde un celoso, queriendo vengarse públicamente de la mujer que juzgaba infiel á su cariño, dijo con amargura:

Tu querer es como el toro,
Que adonde lo llaman va;
El mío es como la piedra,
Donde la ponen se está.

Y quizás la mujer, acusada injustamente, contestó con esta otra estrofa, que se le escapó del alma, mientras las lágrimas le rebosaban de los ojos:

El hombre que no se aflige
Cuando llora una mujer,
Ni ha conocido á su madre
Ni sabe lo que es querer.

¡Cuántas coplas admirables tienen su origen en estos corros que llenan al anochecer las calles de Andalucía!

Probablemente en uno de ellos fué donde, la víspera de marchar á servir al Rey y á la Patria, dijo un mozo, despidiéndose de su novia, estos sentidísimos versos:

Déjame ir á la zaga
Del carro, Pedro,
Pa no alejarme tanto
Del bien que dejo.

A cuya tierna despedida contestó, sin duda, la interesada, segura de su fidelidad y la de su amante, con el conocido cantar:

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de ti saldrán,
Si en el camino se encuentran,
¡Cuántas cosas se dirán!

No son estas reuniones, particulares ó íntimas, la única fuente de donde brota la copla andaluza: otra existe también abundantísima, y, por tanto, digna de mención. El que se

llama—sin que vosotros, legisladores del idioma, hayáis aceptado el vocablo—café cantante.

Hé aquí uno de los lugares donde la musa popular se muestra más activa y creadora, y donde puede verse con mayor claridad que, contra la opinión antes citada, las coplas no son poesías de autores eruditos de los que el pueblo se apodera, sino que es el pueblo mismo quien los produce.

En el café cantante (perdonadme que repita la palabra) nacen también continuamente nuevas rimas. Cantadores y cantadoras son, sin sospecharlo ellos mismos, fecundísimos poetas encargados de enriquecer á diario el cancionero del pueblo. Es rareza que oiga dos veces la misma copla el que frecuenta estos lugares. El *repertorio viejo* cede siempre su puesto al nuevo sobre el tablado donde la guitarra congrega en torno suyo á los maestros del arte del canto: porque éstos tienen á menos repetir coplas conocidas. Es preciso inventarlas nuevas. La realidad y la vida ofrecen asuntos donde inspirarse. El suceso que impresionó durante el día es el que, llegada la noche, sirve de tema á las coplas. Quien vió llorar á un hijo por la muerte de su madre, raro será que no cante estrofas donde palpite el afecto filial, uno de los sentimientos que hacen vibrar más dulcemente la lira del pueblo. Quien vió desfilar soldados, evocará en sus rimas el recuerdo de tantos hogares entristecidos por el alejamiento del mozo que los alegraba, de tantas amantes como llorarán su ausencia. Epitalámico será el cantar del que presenció una boda. De tumbas y de sauces hablará en el suyo quien pasó junto al cementerio. La musa popular—y en eso se diferencia de la erudita—canta sólo lo que ve ó lo que siente: no busca nunca su inspiración en sucesos fabulosos ó en sentimientos imaginarios.

Las dos últimas veces—ninguna muy próxima ya—en que he asistido á este espectáculo, característico de Andalucía, he comprobado por mí mismo esta apreciación. Fué en Sevilla.

Estaba muy reciente, en la primera de dichas ocasiones, el hundimiento de un trozo de bóveda que puso en riesgo la existencia de aquella hermosa Catedral; acababa de ocurrir, en la segunda, la muerte de un célebre torero sevillano. Al peligro que corría el famoso templo, á la pena con que los hijos de la capital andaluza veían casi en ruinas aquella maravilla de la arquitectura, se referían todas las canciones que escuché la vez primera; la segunda no oí más que coplas en que se lamentaba la pérdida del infortunado lidiador. Ambos sucesos eran los que más hondamente le impresionaban en una y otra ocasión, y el pueblo hacía de ellos el tema de sus rimas. En el torero muerto lloraba algo que era suyo y que perdía para siempre: el amigo, el hermano, criado junto á él, nacido en humilde cuna, llevado por el valor y la destreza á las cumbres de la celebridad, expirante luego sobre la arena entre gritos de horror y aclamaciones de entusiasmo. En la Catedral, medio derrumbada, no veía sólo la ojiva rota y las piedras caídas, la destrucción del templo que era su orgullo, de aquellas naves que abren á la oración el camino del cielo; parecíale que, con la bóveda, se hundían y desmoronaban su piedad y su fe, y estos sentimientos, tan desemejantes y tan íntimos, arrancaban á su alma aquellas estrofas, rudas y primitivas ciertamente, pero quizás por eso mismo de mayor poesía: que el brillante, al ser tallado y pulido, pierde en tamaño lo que gana en esplendor.

Es indudable que las inspiraciones de esta musa reclaman más que otras la prolija labor de selección, que el tiempo se encarga siempre de hacer. La mayor parte de estos cantares no merece salvarse del naufragio del olvido; pero, entre los más imperfectos ó defectuosos, se encuentran no pocos admirables. ¡Cuántas de esas bellísimas coplas, conservadas en las distintas colecciones existentes, habrán nacido sobre estos tablados! Considéranse por todo el mundo los conciertos de que

hablo como espectáculos de mera diversión, propios del carácter del país, donde el culto aparente que se rinde á Apolo y Melpómene no es sino el disfraz de otro, más real y verdadero, tributado á Venus y á Baco. Yo, respetando el parecer de los que así opinan, declaro que, cuando he asistido á estas veladas, me ha parecido asistir al gabinete de trabajo de un poeta, á quien he sorprendido en el momento de dar forma á sus ideas. El tablado de estos cafés es para mí la mesa donde escribe sus obras ese gran poeta que se llama el pueblo andaluz, de cuya labor son auxiliares las palmas que le estimulan, la guitarra que le precede, las castañuelas que le acompañan, y, sobre todo, el riquísimo vino de aquella tierra privilegiada: oro fundido en las altas copas de tosco cristal, corriente de fuego en las venas y raudal de inspiración en el alma.

El haber reclamado el primer lugar entre las comarcas españolas para Andalucía, como fuente y origen de coplas populares, no quiere decir que yo desconozca que las restantes tienen también su cancionero, digno de estudio y alabanza. En todas las regiones de nuestra patria tiene el pueblo su poesía especial, y en todas ellas cumple esta poesía con la primera y más importante de sus misiones: la de reflejar fielmente el carácter, la naturaleza y el modo de ser de la región que es su cuna.

En Castilla, donde el pueblo se consagra principalmente á las ásperas faenas de la labor, tienen las coplas un sello peculiar que las distingue de las del resto de España. No busquéis en ellas imágenes, sino sinceridad. Son las rimas del campesino rudo, del hombre cuyo rostro azota la nieve en invierno y tuesta el sol en el estío, y que ama, sin embargo, á aquel pobre

terruño que tan mezquinamente recompensa su esfuerzo. Rimas del campo, al campo sólo se refieren. Las coplas castellanas son lamentos de los pastores, las expansiones de las zagalas, los gritos de los boyeros, las quejas de los gañanes. Veis en ellas volver al pueblo las yuntas en larga fila al declinar la tarde; entrar en el redil las ovejas, protegidas por el noble mastín que las guarda y defiende; sonar en la torre de la aldea el toque de oraciones, que anuncia el fin de la faena diaria; verdeguear la siembra naciente, granar luego la espiga, amontonarse más tarde los haces en la era. Nada que recuerde la vida disipada y azarosa de las ciudades: nada que no sea la relación directa y constante con la naturaleza. La lluvia que fecunda; el sol que vivifica; la tierra que produce: aire sano, olor á tomillo por fuera; por dentro nobleza, laboriosidad, resignación, todas las virtudes de la vieja tierra de Castilla, cuna, nervio y alma de nuestra nacionalidad.

Dicen que los pastores
Huelen á sebo,
Y el pastorcito mío
Huele á romero.

Oí esta copla—confirmadora de mis anteriores asertos—una tarde, á la entrada de un pueblo de la provincia de Salamanca, y me impresionó vivamente oirla. No sería seguramente su autora la mujer en cuyos labios la escuché; pero yo pensaba que lo era y hasta me parecía entrever, á través de los amores de aquella moza de simpático aspecto, limpia y saludable, y aquel pastor que á ella *le olía á romero*, toda una novela, ó por mejor decir, toda una historia, muy vulgar, sin duda, pero muy interesante y muy tierna: la historia de dos seres, nobles y vigorosos, que enlazan su vida, para compartirla entre el amor y el trabajo; que forman un hogar del que la pobreza no arroja á la alegría; que cumplen con todos sus deberes, hasta con el

de dar numerosos hijos á la patria: los que han de cultivar su suelo, los que han de defenderla con el fusil al hombro, los fuertes, los humildes, los buenos, los que de niños son la luz y el orgullo de la mísera casa, y luego, de hombres, los encargados de cerrar piadosamente los ojos á los pobres viejos, cuando la tierra, tantas veces regada por el sudor de sus rostros, los llame á su seno y caiga sobre ellos, obscuros soldados del deber, muertos sobre el campo de batalla, sin dejar otra huella de su paso por la vida que una tosca cruz de madera entre los jaramagos del cementerio..... Pero esas cruces toscas son las grandes, las redentoras. En una de ellas murió Dios.

Al paso de los bueyes
Van los gañanes.
¡Mira qué paso llevan
Los holgazanes!

También esta copla es castellana neta. Y no lo es menos la siguiente:

Cuanto más alto va el sol
Más caliente está el terreno:
Cuanto más lejos de ti
Más en el alma te tengo.

Pero con mayor relieve que en las anteriores, encuentro yo que se marca el carácter especialísimo de la poesía castellana en la que voy á citar, oída también por mí en Castilla:

¿Con qué te lavas la cara
Que tan colorada estás?
—Me lavo con agua clara,
Y Dios pone lo demás.

Ese último verso «Y Dios pone lo demás» es por sí sólo una poesía completa. No puede decirse de modo más ingenioso y conciso que no son los afeites los que dan la belleza, sino la juventud y la frescura. Una hermosa no necesita más que del

agua de la fuente para lavar su rostro: *lo demás*, esto es, los veinte años, los ojos rasgados, la boca incitante, las mejillas sonrosadas, eso, *lo pone Dios:* no se imita con colorete.

Ya se llevan las yeguas
Al herradero.
¡Pobre de la que tiene
Su amor vaquero!

Este cantar es todo un poema: el poema de la zagala enamorada que ve que sus compañeras van á ser dichosas y que ella sigue condenada á no serlo nunca. Con las yeguas, que vienen á ser herradas, vuelven al pueblo los yegüeros; los verán nuevamente las mozas que los esperan..... Sólo ella no verá al que adora, que sigue allá, en la lejana dehesa, cuidando á su torada.

¡Pobre de la que tiene
Su amor vaquero!

Tanto como en Andalucía y en Castilla, y no me atrevo á decir que más, porque más no es posible, márcase el carácter regional en las coplas aragonesas.

También en Aragón es el canto una necesidad imperiosa de la vida. No se concibe al aragonés sin la jota. En sus compases se compendia y resume el espíritu de aquel pueblo. Al són de sus notas ama, trabaja, lucha, vive y muere. Cántanla á todas horas niños, mozos y viejos. Á semejanza de la oración aprendida en la infancia, que nunca se olvida, el aragonés no se olvida nunca de su jota. Llévala en sus labios cuando abandona la comarca, como el recuerdo de la patria ausente, como el lazo que á ella le liga. Con sus cadencias arrulla la madre al hijo que duerme en la cuna, enamora el galán á su dama, combate el soldado, recuerda el anciano su juventud. La jota es todo:

canción maternal, trova de amores, estrofa guerrera: es el himno de una raza; es la palpitación del alma aragonesa.

Las rimas del pueblo aragonés son rudas como su carácter; pero también como su carácter francas, sinceras, varoniles. Llevan el sello de su personalidad. Es la poesía de un pueblo viril, enemigo de la ficción, que dice sólo lo que siente; de áspera corteza, pero de fondo admirable.

Fácil demostración tendría lo que afirmo; pero no quiero seguir citando coplas. Esto me llevaría muy lejos, y ya es hora de acercarme al final de esta disertación, con la que pongo á prueba vuestra paciencia.

Ni cabe, dentro de la índole y extensión de este discurso, hacer un análisis, por ligero que fuera, de las canciones populares en todas las regiones de España; ni mi falta de conocimiento de los distintos dialectos de nuestra lengua me lo consiente; ni, en último caso, cuanto pudiera deciros, á partir de aquí, sería otra cosa que la repetición de lo ya dicho.

¿Quién no conoce los cantos del pueblo de Galicia, dulces, poéticos, impregnados de santo amor á la comarca? ¿Quién no ha oído alguna vez, ya en vascongado, ya en español (pues de ambas maneras se cantan frecuentemente), esas coplas sencillas, amorosas, apacibles, que acompaña la reposada cadencia del zorcico? ¿Quién no se ha deleitado, en fin, en alguna ocasión escuchando las candorosas rimas asturianas ó montañesas, melancólicas, como lo son siempre la música y la poesía de las montañas; los vigorosos acentos de los orfeones catalanes, que repiten las estrofas de la musa de aquel pueblo, nieta de la vieja musa provenzal; los apasionados cantares de la huerta de Murcia, ó de las alegres costas valencianas? Inspiraciones desemejantes, de distinta naturaleza, y aun expresadas en diferentes dialectos, pero unidas entre sí por un lazo común á todas; porque lo mismo las que vienen saturadas con los perfumes de las rías y de los valles de Galicia, que las que

reciben sus aromas de las rosas que riegan las aguas azules del Guadalquivir; lo mismo las que proceden de los riscos que fueron cuna de nuestra independencia, que las que nacen entre los incomparables bosques de palmeras alicantinos, todas conspiran á idéntico fin, ninguna intenta romper la unidad sagrada de la patria—¡la poesía no es cómplice de crímenes!—; antes bien, esa unidad se robustece por la variedad misma de estas rimas, que concurren juntas á formar ese admirable libro que tiene el epígrafe de *Cantos populares*, y debajo el nombre glorioso de un poeta inmortal: el pueblo español.

¿Es necesario que os encarezca, para concluir, la importancia de las coplas? No, ciertamente. Tanto valdría encareceros la importancia de la poesía en general, de cuyo árbol es rama frondosa la del pueblo. Tiene ésta considerable valor en la literatura de todas las naciones, y quizá, más que en ninguna, en la nuestra, no sólo por su belleza, sino también por su abolengo y por su antigüedad. El cancionero actual es el hijo del romancero antiguo.

Para juzgar de la importancia de las rimas populares, con un ejemplo basta. El pueblo español, nuevo Tirteo, ha sabido con su canto conducir á una hueste al triunfo. Repitiendo una copla se ha escrito una de las páginas más brillantes de nuestra historia. Por ella vencimos en lucha desigual y terrible; por ella cambiamos la faz del mundo; que esa copla, levantando los corazones y haciendo hervir la sangre en las venas, fué la que detuvo el vuelo de las águilas imperiales; fué la que demostró á Europa que no era invencible el que hasta entonces lo parecía.

Esa copla—y transcribiéndola acabo—es aquella de todos conocida, sublime por su sencillez, que encontrará siempre eco en el alma española, porque despierta sus dos sentimientos más puros: la religión y el amor patrio:

La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

He dicho.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MANUEL DEL PALACIO

Señores Académicos:

Si hubiese yo creído que al darme el encargo de contestar al elegante y ameno discurso del Sr. Cavestany lo haciais únicamente para añadir una partida más á la deuda de gratitud que tengo con vosotros, acaso mi natural pereza ó mi poca afición á la prosa (ya que ni en la salud ni en las ocupaciones puedo buscar más razonables disculpas) me hubieran aconsejado declinar este honor, que, á serme indiferente, me recordaría aquella copla, fiel expresión del más refinado egoísmo, que dice:

A mí me importa muy poco
Que un pajarillo en el campo
Salte de un árbol á otro.

Pero vuestra discreción y vuestra justicia me permiten afirmar que no fué así. Al escogerme para acompañar al Sr. Cavestany en este viaje, que á su edad todavía ofrece la perspectiva de magníficos horizontes y de floridos campos, ya nebulosos y yermos á la nuestra, recordasteis, sin duda, que aquí, como en todas partes, yo soy un defensor ardiente y entusiasta de la poesía; que la rindo en mi ancianidad el mismo culto que la rendí en la juventud, y que no sólo á los que por derecho propio tienen entrada y lugar preferente en su

templo, sino á los que lo rondan, halagando á las musas con ofrendas, por humildes que sean, les cantaría de buena gana lo de

Arrímate á mi querer,
Como las salamanquesas
Se arriman á la pared.

Y que el Sr. Cavestany es poeta, y poeta de grandes facultades y alientos, lo sabe el público, que le aplaudía ya á los diez y seis años en *El esclavo de su culpa*, y que le aplaude hoy en *La reina y la comedianta* y en el *Nerón* y en *El leoncillo;* lo dicen cuantos conocen sus versos y sus poemas, y lo prueba el discurso que acabáis de oirle, vistoso ramo de flores, en el cual ha mezclado á las propias las que con sumo acierto ha escogido en el jardín, siempre fecundo, de la inspiración popular.

Ninguna observación tengo que hacer á ese discurso, con el cual estoy enteramente de acuerdo; pero sí aduciré algunos datos, debidos más á la experiencia que al estudio, los cuales confirman nuestra idea de que el cantar nace espontáneamente en el corazón y brota en los labios del pueblo español, primero, por la vivacidad de su espíritu imaginativo y soñador como pocos, y segundo, por la estructura de su idioma, esencialmente rítmica, que hace que hasta personas iliteratas, que no han abierto jamás un libro, ni han asistido á una representación teatral, puedan improvisar, sobre todo en romance, horas enteras, según he tenido ocasión de oir, lo mismo en los cortijos de Andalucía, que entre los jíbaros de Puerto Rico y entre los troperos y payadores de la América del Sur.

Sólo hay un idioma que iguale, y acaso supere al nuestro, en la facilidad que ofrece á los improvisadores, y es el idioma italiano. He conocido algunos que me han causado verdadero asombro, y he visto en Florencia un espectáculo de ese género que no debo olvidar. En algunos teatros de escasa importancia

suele haber un actor cómico, al que llaman *stenterello*, encargado de amenizar ciertas representaciones, en las cuales desempeña un papel, pero á su capricho y ajeno á la acción de la obra, que interrumpe cuando le parece, improvisando en prosa y en verso escenas en que refiere los sucesos de la capital, ó discurre sobre política, ó se burla graciosamente de cosas y personas. Recuerdo que una noche, para obsequiarme, se ocupó con preferencia de España, á cuyas mujeres no escaseó las flores, que se trocaron en espinas al hablar de frailes y toreros.

Sospecho yo que esta facultad improvisadora es común á todos los pueblos de la raza latina, precisamente por sus afinidades de lenguaje, mientras que en el Norte apenas se improvisa, pero en cambio se reflexiona más; lo cual hace que sus poetas sean más pensadores, pero menos poetas que los nuestros.

El cuadro que nos ha trazado el Sr. Cavestany de cómo se siente la poesía en las regiones andaluzas no es producto de su fantasía; es un cuadro visto y arrancado del natural, con el que yo también me he regocijado muchas veces, y que aun hoy me habla de alegres excursiones matinales por la sierra de Córdoba, y de noches pasadas junto á una reja, poco después cerrada por defunción, como se cierran los establecimientos mercantiles. Porque dice muy bien el nuevo Académico: todos los sentimientos, las dudas, los pesares, cuanto nos apasiona ó nos conmueve, todo encuentra su forma ó su reflejo en el cantar, que es á la vez risa y llanto, reproche y alabanza. Centenares de ejemplos podrían añadirse á los que habéis oído y celebrado anteriormente; de fijo guarda vuestro cerebro algunos que asoman á mis labios; pero desisto de la confrontación, y os hago gracia de ellos; los únicos de que muy á la ligera voy á ocuparme, y eso porque no creo justo el olvido en que los ha dejado el Sr. Cavestany, son esos cantares que me permitiré llamar cuarteleros, y que inventan y cantan los soldados, ya

para requerir de amores á las patronas, ya para distraer las fatigas del campamento. Hé aquí uno de los que mejor pintan las amarguras del servicio militar en aquellos tiempos en que nuestros ejércitos triunfaban, aunque no comían:

La vida de los soldados
Es andar por los lugares,
Dormir en cama prestada,
Morir en los hospitales.

Ó aquel otro en el cual parece se encierra todo un memorial de agravios:

La bala que á mí me hirió
También rozó al comandante;
A él le hicieron coronel,
Yo tan soldado como antes.

Mi padre, que era un veterano de la guerra contra los ingleses, antes de serlo de la de Napoleón, sabía de memoria muchos cantares de su época, y de él aprendí yo aquello de

Longa le dijo al caballo:
Sácame de este arenal,
Que me vienen persiguiendo
Los de la Guardia imperial.

Y éste, que no he visto impreso en ninguna parte, ni he oído á nadie más que á él, por lo cual supongo sería suyo, como otros versos alusivos á Fernando VII que nos recitaba para entretenernos:

Ya no quiero más batallas
Con el Duque de Crillón,
Porque la parte de presa
Se ha vuelto conversación.

¿Quiere esto decir que los cantares sean obra exclusiva del pueblo? De ningún modo. Los hace también la gente culta; los han hecho distinguidos poetas, y los nombres de Augusto

Ferrán, Ventura Ruiz Aguilera, Melchor de Palau, Narciso Escobar y tantos más, figuran, y no debajo de dos ó tres muestras de esa clase, sino al frente de colecciones enteras que encierran muchos y perfectos modelos.

Yo mismo, y sabe Dios no lo cuento por alabarme, si bien tampoco creo me denigro colocándome al nivel del vulgo, tengo entre el voluminoso fárrago de mis versos no pocos cantares. Y por cierto que uno de ellos lo oí años atrás en boca de un mayoral de los coches que desde la estación llevaban á los baños de Marmolejo, cuyo mayoral, no seguramente por espíritu crítico, pues era bondadoso hasta con sus mulas, sino para poner mi idea en armonía con su palabra, hubo de corregirlo por sí y ante sí.

Decía yo:

En el viaje de la vida
Van los ricos á caballo,
Los caballeros á pie
Y los pobres arrastrando.

En vez de *los caballeros á pie*, él cantaba: los caballeros á *pata;* mi frase era sin duda más fina, pero la suya era más lógica; él creería, en sus cortos alcances, que el de peón no es oficio de caballeros.

Ahora, si el Sr. Cavestany me hubiese dejado abierto el camino, sería el momento de internarse en la selva obscura de las suposiciones investigando el origen dudoso y el desarrollo seguro del cantar; pero como yo pienso que al no hacerlo me ha dado un ejemplo de sensatez, renuncio á la busca y captura de argumentos en pro ó en contra de esta ó la otra opinión, y concluyo afirmándome en la mía de que el cantar nace por espontáneo impulso en el alma del pueblo, y es para él tan pronto lazo de concordia como señal de despedida; anuncio de ventura y arma de combate á la vez, siendo además, y esto en

grado eminente, germen y raíz de la verdadera poesía, de esa que existe en todo y sobre todo.

Bien venido sea el Sr. Cavestany á esta docta Academia, donde aún se la dignifica y se la atiende; donde, al rendir culto al idioma, se lo rendimos también á la que es su hermana gemela, creyendo, con el entusiasmo y la fe que ni años ni desdichas han podido apagar en nosotros, que sólo la poesía cura los dolores de la realidad; que por ella fuimos grandes, y toda regeneración debe tener su símbolo y su ideal en ella; porque es para los jóvenes que trabajan y luchan, esperanza; para los ancianos que recuerdan y lloran, consuelo.